

Capítulo

1

La carta

*Viena, noviembre de 2006*

Era el trayecto habitual, que cubría cansinamente en tranvía bajo la cantilena de una voz mecánica e impersonal que, impertérrita y falsamente servicial, anunciaba el nombre de cada parada y las opciones de transbordo disponibles. El mensaje que oía ocho veces por trayecto, dos trayectos por día, doscientos días al año... más de cincuenta mil veces desde que trabajaba en la Central de la Österreichischer Bundes-theaterverband, la Unión de Teatros Federales de Austria, habitaba mi cerebro hasta atravesar el vestíbulo de entrada de la oficina, pasando a ser sustituido por el confuso sobreponerse de las voces de las chicas que atendían el *call center*. Allí las teleoperadoras respon-

dían a todo tipo de preguntas y confirmaban las reservas de los cientos de personas y agencias que llamaban cada día para conseguir sus entradas de la ópera o pedir información sobre las exposiciones culturales de aquel *annus horribilis* de 2006, el 250 aniversario del nacimiento de Wolfgang Amadeus Mozart.

El primer año horrible fue 1991, el segundo centenario esa vez de su muerte, que se convirtió en una verbena insoportable de conciertos, conferencias, congresos y todo tipo de actividades culturales. La locura mozartiana llevaba a los especialistas a discutir cosas tan absurdamente trascendentales como si el poema de Wolfgang a la muerte de su estornino era una elegía que reflejaba su amor por los animales, o si en realidad era el adiós que siempre quiso dar a su padre fallecido, u otras materias mucho más sesudas, como la interpretación en clave freudiana de sus conciertos para piano. Nunca imaginé que aceptar aquel puesto en la ÖBTV pudiera depararme un destino tan cruel. Mi único consuelo era que, como entre el nacimiento y la muerte de Mozart no se había celebrado ninguna efeméride que justificara un año Mozart intermedio, para cuando fuera el 250 aniversario de su muerte yo ya estaría tañendo el arpa con los querubines.

Por eso el comienzo de 2006 reabría una herida que nunca terminó de sanar, probablemente porque nunca tuve la voluntad de curarla: Mozart fue mi pasión de juventud y mi amor compartido con Birgit, el

motivo de mi fracaso profesional y, mal que me pesara, también el centro de mi vida actual.

Aquella mañana se presentaba tan gris y plana como cualquier otra, condenado a seguir involuntariamente atado a Mozart por el trabajo, pero ya de una manera tan automatizada que mis ojos pasaban sin ver sobre el nombre del compositor impreso en folletos, programas y entradas. Tras doblar la gorra, meterla en el bolsillo del abrigo y colgar éste en el perchero, me acerqué al *office* a por mi primera taza de café. Fue entonces cuando vi un extraño sobre en la bandeja de entrada del correo.

Como técnica publicitaria me pareció buena. Recibíamos tanto material impreso y en tan grandes cantidades que cada vez era más difícil captar la atención de la gente y evitar que los folletos acabaran en la papelera incluso antes de haber sido hojeados. Aquel sobre, sin embargo, no era de brillante papel satinado ni de vistosos colores; daba la impresión de haber viajado mucho; estaba amarillento y envejecido, maltratado por el tiempo o la distancia, y el cierre de lacre había saltado. En la cara visible, sólo el nombre y cargo del destinatario en una caligrafía rizada y algo torcida: *A Su Excelencia el Conde Orsini-Rosenberg, Gran Chambelán y Director del Teatro de la Corte Imperial de Viena.*

Sonaba a broma. Alguien había tenido la graciosa idea de coger mi nombre y emparentarme nada menos que con Franz-Xaver-Wolf von Orsini-Rosenberg,

embajador de Austria en la corte toscana hacia 1770 y más tarde príncipe del Imperio y personaje clave de la corte vienesa durante el reinado de José II, encargado de la programación de las representaciones operísticas en el Teatro Imperial.

Centré mi atención en el contenido del sobre, una cuartilla tan estropeada como su envoltorio y con una letra de aspecto infantil; el idioma, un curioso italiano con algunas incorrecciones pintorescas:

*Excelencia,*

*Como bien sabe vuestra Excelencia, llevo ya varios años instalado en Viena y he tenido la fortuna de contar con el favor del público, que me ha honrado con su presencia en numerosas ocasiones. Para mi serie de conciertos del año pasado conseguí una amplia lista de suscriptores, entre ellos las familias más nobles de la ciudad: príncipe de Auersperg, conde y obispo de Herberstein, príncipe Pal, príncipe Lobkowitz, condes de Stahremberg, príncipe Von Liechtenstein, conde Fries, familia Thun, príncipe Galitzine, conde Erdödy, conde Czernin, conde Waldstein, príncipe Von Schwarzenberg, conde Zizendorf, príncipe Von Mecklenbourg, condesa Hatzfeld, princesa Lichnowsky, la casa Esterhazy... Os ruego que perdonéis mi atrevimiento al mencionaros a estas nobles personas, pero mi intención no es otra que testimoniaros la aceptación de mis composiciones.*

*Mi más ferviente anhelo, sin embargo, ha sido siempre el de componer óperas, que considero la más sublime creación humana. Es entonces cuando la música, en íntima unión con la historia que le da vida, alcanza las cotas más altas de belleza y elevación espiritual. Conozco vuestro bien ponderado aprecio por el gusto italiano que yo comparto enteramente. Me atrevo a sugeriros, empero, que quizá ha llegado el momento de dar una nueva oportunidad al teatro nacional. Hace ya tres años que tuve el honor de ver representada El rapto del serrallo y tengo grandes ideas para una nueva obra que sería del agrado de nuestro amado Emperador. Si vuestra Excelencia pudiera trasladarle este deseo mío o al menos la posibilidad de poder presentárselo personalmente... Quizá entonces el teatro nacional, cuyos gémenes son tan hermosos, llegaría a su florecimiento; y sería una verdadera tarea para Alemania, si nosotros, alemanes, nos pusiéramos seriamente a pensar en alemán, actuar en alemán, a hablar en alemán, je incluso a cantar en alemán!*

*No me guardéis rencor, Excelencia, si en mi ardor he llegado quizá demasiado lejos. Os ruego lo consideréis sólo como una expresión de mi anhelo y mi deseo de complaceros, poniendo todo mi empeño en vuestro mejor servicio y el de Su Majestad. Vuestro más humilde servidor.*

*Wolfgang A. Mozart  
Viena, 14 de diciembre de 1785*

El papel en mis manos se movía ajeno a mi voluntad. Me costaba seguir las líneas al releer el texto. Si aquello realmente era lo que parecía, me encontraba con una carta autógrafa del propio Mozart, algo que siempre suponía una pequeña revolución en los estudios mozartianos.

Miré a mi alrededor; ninguno de mis compañeros parecía haberse dado cuenta de mi turbación. Andrea estaba discutiendo vivamente con una de las nuevas telefonistas del *call center* que no terminaba de aclararse con el sistema automático de reservas del ordenador. ¡Sólo nos faltaba otro problema con las entradas como el del grupo de japoneses del mes pasado, que casi ocasiona un conflicto diplomático! Llevaba ya años insistiendo a mis superiores para que contrataran a alguien que dominara ese endiablado idioma, pues eran la tercera parte de nuestros clientes y, aunque parecían siempre muy formales y respetuosos, cualquier dificultad con ellos era inevitablemente calificada de incompetencia y terminaba proporcionándonos un serio quebradero de cabeza. Peter, por su parte, estaba enfrascado en la lectura de un periódico deportivo que, como él decía, le ayudaba a compensar el peso de tantísima cultura y así mantener un cierto equilibrio espiritual.

Aparentando calma, metí la carta en mi portadocumentos, que guardé en uno de los cajones de mi mesa. Normalmente encendía el ordenador a primera hora con cierta prevención, porque la diferencia ho-

raria con Oriente hacía que nada más conectarme aparecieran en la pantalla no menos de treinta mensajes de mis amigos nipones. En aquella ocasión, sin embargo, esa tarea me vendría bien para estar entretenido y alejar de mis pensamientos el portadocumentos durante la mayor parte de tiempo posible.

\* \* \*

Pasé una de esas noches de pensamientos sobreexcitados que me impedían conciliar el sueño, dando vueltas en la cama y girando la almohada cada vez que el sudor empapaba una de las caras. No acierto a recordar más que el desasosiego del insomnio y una imprecisa y rápida sucesión de imágenes y sensaciones. Lo que sí tenía claro al levantarme es que estaba dispuesto a olvidar mis frustraciones con Mozart y a investigar aquella carta hasta sus últimas consecuencias. Lo primero que tenía que hacer era comprobar la autenticidad del documento y esa determinación me tranquilizó. Tenía un plan.

Me levanté temprano y envié un correo electrónico al trabajo para excusar mi ausencia. Miré el horario de trenes y me apresuré a la Westbahnhof para coger el primer tren a Salzburgo. Me instalé en un departamento vacío y pronto nos pusimos en movimiento; rápidamente dejamos atrás las afueras de la ciudad. El paisaje que se divisaba desde la ventanilla estaba cubierto por una delgada capa de nieve, la primera de aquel